

### 3 | La historia se hace con documentos

Una vez planteada la cuestión, es preciso hallarle una respuesta, y aquí es donde interviene la noción de documento: el historiador no es un nigromante al que podamos imaginar evocando las sombras del pasado mediante recursos mágicos. No podemos captar el pasado directamente, sino sólo a través de los vestigios, inteligibles para nosotros, que ha dejado tras de sí, *en la medida en que* esos vestigios han subsistido, en que los hemos encontrado y en que somos capaces de interpretarlos (más que nunca hay que insistir en el *so far as...*). Surge aquí la primera y más grave de las servidumbres técnicas que pesan sobre la elaboración de la historia:

Los filósofos no lo han subrayado bastante, quizá porque nuestra filosofía crítica nació, con Dilthey, en el período de euforia en el que la ciencia histórica, embriagada por sus triunfos, tendía a olvidar sus limitaciones. Importa, con todo, detenerse a pensarlo, por lo siguiente.

Encontramos aquí una de las causas principales de la distinción real que ya hemos señalado entre el devenir (nouménico) de la humanidad y nuestra historia. Recordaría su relación con ello la malévola querrela que Spengler plantea en cierto lugar contra Ranke.<sup>1</sup> Éste, como buen técnico, escribió en el prefacio de su *Historia universal*: «La historia no comienza más que allí donde los monumentos empiezan a ser inteligibles y donde existen documentos dignos de confianza». Inmediatamente estalló Spengler en invectivas: «¿Es que la vida no es un hecho más que cuando los libros hablan de ella?» Ni siquiera vale la pena demostrar que *han debido de* existir acontecimientos de importancia capital de los que, a falta de documentos, nunca sabremos ni una palabra, lo que le da pie a Spengler para verter su ironía sobre los viejos sabios miopes, incapaces de ver más allá de los límites de sus fichas, y para blandir triunfalmente la fórmula de E. Meyer: «Histórico es todo aquello que es o ha sido activo...» ¡Sofisma! (a ese seudoprofeta, a ese maestro en sombríos errores que es Spengler no le viene de un sofisma más o menos), que

<sup>1</sup> *La decadencia de Occidente*. Espasa-Calpe, Madrid.

radica en el equívoco ya señalado: sí, la historia es «lo que ha sido activo», ese pasado que fue vivido, realmente, por hombres de carne y hueso sobre esta tierra concreta—, pero en cuanto lo conocemos; y no podemos conocerlo más que si nos ha legado documentos. Luego, como la existencia y la conservación de documentos son debidos a la combinación de un conjunto de fuerzas que no han sido ordenadas con vistas a las exigencias de un historiador eventual (es lo que simboliza la irracional palabra «azar»), resulta que nunca sabremos de ese pasado todo lo que fue, ni siquiera todo lo que somos capaces de desear saber acerca de él. Sorprenderse e irritarse ante esta limitación es tan absurdo como emprenderla contra el automóvil que se detiene por falta de gasolina: la historia se hace con documentos, lo mismo que el motor de explosión funciona con carburante.

Muchos de los problemas que podría plantear el historiador, entre las preguntas que efectivamente le hace al pasado, habrán de quedar sin solución ni respuesta por falta de una documentación adecuada.

No son las cuestiones más interesantes las más documentadas: al estudiar, por ejemplo, la Palestina del siglo I, tenemos más datos sobre la vida sentimental del rey Herodes que sobre la fecha del nacimiento de Cristo, y sobre el *ius gladii* del prefecto de Judea más que sobre las ideas religiosas de Poncio Pilato.

Incluso cuando se establece una connivencia entre los héroes del pasado y sus historiadores venideros (cuando Darío o Sapor hacen esculpir sus relieves, funerarios o triunfales, en el roquedo de Naks-i-Rustum, cuando los estados modernos organizan y mantienen sus archivos), la armonía preestablecida es imperfecta: no siempre nos han informado sobre lo que de ellos querríamos saber.

Los documentos conservados no siempre son (la experiencia sugiere casi escribir «nunca son») los que nosotros desearíamos o lo que haría falta que fuesen. O no los hay en absoluto, o no hay bastantes: tal es el caso general en la historia antigua, donde trabajamos la mayoría de las veces sobre fuentes literarias, siempre demasiado sumarias o que resultan secundarias o terciarias (pues Tito Livio, por ejemplo, no elaboró su historia a partir de los documentos originales, sino que se contentó con rehacer lo que halló referido por sus predecesores, por Polibio o Valerio Antias). Las escasas fuentes de primera mano que poseemos están representadas por los documentos arqueológicos, las inscripciones, los papiros descubiertos al azar en las excavaciones, en virtud por tanto, de una selección arbitraria.

Hasta los descubrimientos de Dura Europos y del desierto de Judá, apenas poseíamos manuscritos antiguos fuera de los papiros egipcios. Esta ciega selección, debida a la sequedad del clima, deformaba nuestro conocimiento del mundo helenístico o romano, puesto que Egipto era un país muy diferente de las demás regiones, en las que nada ocurría exactamente como allí, y tampoco fue el país en el que acontecieron los hechos más importantes (piénsese en la posición tan excéntrica que ocupó durante largo tiempo Egipto en la historia del cristianismo).

Parecería que un genio maligno hubiese intervenido con frecuencia para privarnos, como por placer, de la información que buscamos. ¡Cuántas veces aparece desgarrado un papiro precisamente en la línea en que empezaba a hacerse interesante! O también: véase a J. Carcopino esforzándose en determinar la fecha precisa de la muerte de Atalo III de Pérgamo<sup>2</sup> (resulta importante, en efecto, para valorar los méritos respectivos de los dos Gracos, saber en qué momento de ese año 133 a. C. se produjo el hecho). Carcopino encontró dos inscripciones pertinentes; pero, he aquí que una de ellas utiliza un calendario local que no acertamos a traducir, y la otra, que se sirve del calendario romano, ¡está, por desgracia, rota en el lugar preciso, y se lee tan sólo: *el ...mo día del mes de ...embre!*

Puede ocurrir, por el contrario, que se disponga de demasiados documentos. Es el caso normal en la historia contemporánea, donde el investigador sucumbe bajo el peso de la documentación acumulada y conservada hasta con excesivo esmero. Los problemas realmente interesantes resultan inabordables, porque supondrían unos exámenes prácticamente infinitos, o, al menos, desproporcionados a los resultados esperados. Hay que limitarse a monografías que hagan las veces de muestra, o bien condenar a equipos de investigadores (pero ¿qué sociedad nos los proporcionará?) a una labor monótona e ingrata.

Se estudiará, por ejemplo, el Terror en el Norte y en el Pas-de-Calais, el Federalismo en la Alta Garona, la Venta de los bienes de los emigrados en el distrito de Ruán, la Conscripción en Charente, las Subsistencias en Yonne y particularmente en el distrito de Auxerre...<sup>3</sup>

Uno de los temas más sugerentes que ofrece la historia de la Revolución francesa es el de la notable innovación pedagógica

<sup>2</sup> *Autour des Gracques, études critiques*, 1928, pp. 37-38,

<sup>3</sup> Véanse las monografías de L. Jacob, M. Albert, M. Bouloiseau, G. Vallée y C. Porée.

que representaron las Escuelas centrales (en la de Grenoble se formó Stendhal). Uno de mis antiguos discípulos ha dedicado una excelente monografía a la de Lyon. El interés de sus hallazgos le orientaba de la manera más natural hacia el tema de conjunto; pero han existido un centenar de Escuelas centrales y alrededor de cincuenta han sido estudiadas ya de modo más o menos satisfactorio; para conocer cada una de las restantes había que contar, en vista de las condiciones impuestas por nuestra sociedad al investigador, con un año de trabajo como promedio. ¿Merecía la importancia del tema que se le consagrara la vida entera de un investigador?

Hasta aquí me he limitado a poner ejemplos en los que la pertinente documentación era fácil de discernir, lo cual simplificaba la búsqueda; pero cuando se trate de un problema más intrincado, la respuesta habrá de darse atendiendo a la convergencia de mil indicios dispersos. ¿Quién guiará al explorador dentro de ese dédalo?

Cabe presentar estas constataciones de hecho en una forma lógica más rígida. Evocábamos más arriba, siguiendo el ejemplo de Ch. Morazé, el doble infinito que, al analizarla, se percibe en la estructura del objeto histórico. De ahí se derivan ciertas consecuencias para el problema de la heurística: en efecto, el historiador quisiera y debería saberlo todo. Todo, los hechos más precisos (el análisis llega en seguida a una extremada exigencia: la solución de un problema depende, finalmente, de la fecha, por ejemplo, en que tal individuo tomó una decisión, en que tuvo lugar una gestión determinada, fecha que habría de fijarse en el mes, el día e incluso casi la hora; la probabilidad de que semejantes precisiones hayan sido correctamente anotadas por testimonios conservados tiende rapidísimamente a cero). Todo, la red infinitamente compleja de las causas y de los efectos que convergen sobre el punto exacto del pasado humano que deseáramos conocer. ¿Quién pretenderá agotar en ello el inmenso material documental que una investigación realmente profunda requeriría recoger?

Ponemos así de relieve uno de los límites más rígidos y estrechos entre los que se halla encerrado el conocimiento histórico: su posibilidad, su precisión, su interés, su valor están determinados (con anterioridad a toda investigación) por el hecho brutal, enteramente externo, de la existencia, o de la ausencia, de una documentación conservada que guarde relación con cada una de las cuestiones que el investigador se proponga abordar.

Y no es esto todo: en la medida en que los documentos exis-

tan, habrá que conseguir aún someterlos a su dominio. Aquí inter- vendrá de nuevo la personalidad del historiador, con sus cualidades de talento, su formación técnica, su ingeniosidad, su cultura. Reto- quemos, para completarlo, el esbozo que acabamos de hacer: el gran historiador no será solamente aquel que sepa plantear mejor los problemas (pues hay espíritus quiméricos que son hábiles en suscitar cuestiones insolubles, lo cual lleva sólo a perder el tiempo), sino aquel que, al mismo tiempo, sepa elaborar mejor un programa práctico de investigaciones que permitan encontrar y hacer surgir el mayor número de documentos más seguros y más reveladores.

Porque esta caza del documento, o, para emplear el térmi- no consagrado, la heurística, constituye todo un arte.

Nuestros predecesores se formaron a menudo de ello una idea demasiado simplista. Así, aparece en Langlois-Seignobos: «La cantidad de documentos existentes, no ya de documentos cono- cidos, es una cantidad dada; el tiempo, pese a todas las precau- ciones que se hayan tomado, la va disminuyendo sin cesar; no aumentará nunca [...por lo que se ve que ¡ninguno de nuestros dos autores era arqueólogo!]. El historiador dispone de un *stock* de documentos limitado, etcétera».<sup>4</sup> O lo que decía aún al final de su vida Seignobos mismo: «Exceptuados los hallazgos casua- les de objetos y las gestiones cerca de los detentadores de docu- mentos de familia o de las colecciones particulares, “la heurísti- ca” se reduce de hecho al uso de bibliografías».<sup>5</sup>

Las cosas son, en realidad, bastante más complejas: un de- terminado *stock* de documentos representa un cúmulo inagotable de datos, pues hay un número infinito de cuestiones diferentes a las que, bien interrogados, estos documentos son capaces de res- ponde: la originalidad del historiador consistirá muchas veces en descubrir el sesgo por el cual un grupo de documentos, con- siderados ya como suficientemente explotados, puedan incorpo- rarse al expediente de una cuestión nueva.

Fueron trilladas en todos los sentidos las *Collationes* de Juan Casiano, que se presentan como un reportaje sobre los Pa- dres del Desierto, a fin de obtener de ellas datos acerca del mo- naquismo egipcio, y se llegó, no sin pesar a la conclusión de que su testimonio era poco seguro. Un día, un historiador inglés, el reverendo Owen Chadwick,<sup>6</sup> advirtió que ese relato era ante

<sup>4</sup> *Introduction aux études historiques*, p. 275.

<sup>5</sup> «Lettre à F. Lot, 1941», *Revue historique*, t. CCX (1953), p. 5.

<sup>6</sup> *John Cassian, a Study in primitive Monasticism*, Cambridge, 1950, y cf. mi re- censión en *L'Antiquité classique*, 1952, pp. 240-243.

todo una fuente directa para conocer el ambiente teológico y espiritual de los monasterios de Provenza en los años 425-430, en los que y para los que Casiano formuló *sus* enseñanzas, poniéndolas en boca de sus maestros egipcios, lo mismo que Platón puso las suyas en labios de Sócrates.

Se conserva en la biblioteca de la Escuela normal de París un ejemplar de Herodoto que un antiguo lector relleno con notas relativas a la posición religiosa de Herodoto como hombre (su manera de concebir los celos de los dioses, etcétera). Recuerdo haber visto este ejemplar en manos de mi compañero, el recordado Ch. Lecoœur, a quien el hecho le divertía en gran manera, pues para él, como sociólogo, lo interesante del testimonio de Herodoto eran los rasgos de psicología colectiva, las costumbres más o menos arcaicas, los hechos propios de la mentalidad «prelógica» que relataba el historiador, y no lo que éste pensara de ellos.

La selección de los documentos utilizables para tal o cual cuestión planteada no es, pues, una operación puramente mecánica, y el talento del investigador encuentra aquí ocasión de ejercitarse. Para comenzar, la heurística es un «arte» en el sentido antiguo del vocablo, *ars, tekné*, arte que implica unas reglas, unos instrumentos de trabajo y unas habilidades tradicionales. Uno no se improvisa como historiador (los trabajos de tantos «amateurs», en los que tanto sincero esfuerzo se consume, así lo atestiguan): es necesario aprender a conocer la existencia, la naturaleza, las condiciones de utilización de las diversas categorías de fuentes históricas. Sería vano querer trazar aquí las líneas maestras de tal iniciación técnica, pues la ciencia histórica ha tenido que adaptar su método de investigación a las condiciones extremadamente diversas de los períodos y de los aspectos del pasado que son objeto de su estudio. No serán unos documentos de la misma clase ni, por consiguiente, unos mismos repertorios ni unos mismos métodos de investigación los que utilizarán los historiadores del Egipto faraónico, los de la filosofía griega, los de la sociedad feudal, los del arte barroco o los de la economía capitalista. Bastará aquí con recalcar la evidente necesidad de que así sea.

A la investigación de las fuentes se asocia de manera muy íntima la exploración de la «bibliografía» sobre el tema. Al emprender un trabajo histórico, es preciso leer cuanto se haya escrito sobre el mismo tema, sobre los temas afines y, en general, acerca de cuanto concierne a su ámbito. En primer lugar, para evitar un trabajo inútil (¡cuantos «amateurs» se imaginan, por ignorancia, que van a descubrir América!); después, y principal-

mente, para orientar la heurística, aprendiendo de nuestros predecesores la clase de fuentes en los que podremos encontrar algo. Utilización que requiere tacto, pues si se deja influir demasiado por la tradición establecida, el principiante corre peligro de ver el pasado a través de los lentes de otro, de perder el sentido de la cuestión original y fecunda que habría podido plantear por sí mismo...

La heurística es también un arte en el sentido moderno de la palabra, ya que, por perfeccionados que hayan sido, en ciertos sectores, los instrumentos de trabajo de que disponemos, puesto que sus compiladores no pudieron tener presentes, ni siquiera concebir como posibles, todas las preguntas que podemos formular a los documentos, no son los que nos proporcionarán los medios de descubrir éstos. A menudo, la existencia de la documentación no se pone de manifiesto hasta el día en que un historiador, interesándose el primero por *tal* problema concreto, la reclama, la busca, la hace surgir mediante ingeniosos procedimientos ideados a ese efecto.

Uno de mis colaboradores, el abate J. Sainsaulieu, emprendió un estudio muy amplio acerca del eremitismo en Francia, ya que había comprobado a la vez el interés y la existencia de este tema que, hasta entonces, se les había pasado por alto a los historiadores. Por esta razón, los inventarios del material de archivo publicado, por bien hechos que estuvieran, habían omitido destinar un apartado con el título *Eremitas* en sus índices, y los archiveros consultados respondían invariablemente de esta forma: fenómeno desconocido, o, cuando menos, exótico, arcaico, accidental. J. Sainsaulieu se vio obligado, por consiguiente, a elaborar una «guía de investigación», verdadero *methodus ad eremitas inveniendos*: a) a partir de la toponimia: buscar, con ayuda de los diccionarios topográficos, los mapas antiguos a gran escala (Cassini, etcétera), los sitios denominados «Ermita» (capilla, granja, cabaña, «bosque de los Ermitaños», «fuente del Recoleta»...; b) interpretar sobre el terreno los restos arqueológicos: los reclusorios, transformados en capillas o cuartos trasteros, son reconocibles por su pequeña ventana gótica orientada hacia el altar...; c) en los archivos, los documentos básicos, del siglo XVI al XIX, son las actas de defunción registradas en los libros parroquiales y seguidas, por lo común en el mismo año, de la anotación de la toma de hábito o la instalación del sucesor, etcétera.<sup>7</sup> Resultado:

<sup>7</sup> Véase el fascículo *Enquête sur l'érémisme*, publicado en 1950 por la Bibliothèque d'Histoire des Religions de la Sorbona.

en tres años, más de cinco mil ermitaños o ermitas localizados en el espacio y en el tiempo.

Pero la ingeniosidad del historiador no se pondrá de manifiesto solamente en el arte de descubrir los documentos. No basta con saber cómo o dónde encontrarlos, sino que es preciso también, y sobre todo, saber *qué* documentos se han de buscar. Aquí es necesario reflexionar sobre la noción misma de documento, de fuente histórica, de los que la teoría clásica no da una definición suficientemente comprensiva. En tanto la búsqueda se limite al terreno muy elemental de lo que llamamos la «historia de acontecimientos», será bastante fácil determinar cuál ha de ser la documentación pertinente. La noción se hace mucho más compleja y sobre todo mucho más borrosa cuando, más allá de la verificación material de la realidad de un «hecho» concreto (es decir, de una manifestación externa de la actividad humana), se trata de averiguar todos sus pormenores, sus causas, sus efectos, su significación, su valor (para los actores, para los contemporáneos... y para nosotros).

Volvamos a nuestra indagación sobre el eremitismo. Mientras se trate simplemente de averiguar la existencia de un ermitaño o de un recoleto en determinada época o determinado lugar, la pertinencia de un documento es fácilmente reconocible: ¿lleva fecha? ¿indica el lugar? ¿menciona a algún eremita? Pero cuando queramos elevarnos por encima de esta polvareda de datos aislados y abarcar la problemática que plantea la existencia de tales eremitas —problemática, como siempre, infinitamente variada: religiosa, psicológica, social... y ahondando en la religiosa, los problemas canónicos, doctrinales, espirituales...—, habremos de afrontar una investigación que abarque muchas otras fuentes de información y no sólo el material de archivo: el folklore (proverbios, canciones populares), las artes plásticas (J. Sainsaulieu nos enseña a distinguir las representaciones de ermitaños de las de monjes o de peregrinos), la literatura, desde las canciones de gesta y los romances hasta Molière (pero sí) o Claudel, la historia del derecho (numerosos estatutos diocesanos, jurisprudencia de los tribunales reales sobre la capacidad civil del ermitaño), y toda la historia de la civilización (cada promoción de eremitas refleja los grandes movimientos de ideas que agitaron su época...).

Documento lo es toda fuente de información de la que la ingeniosidad del historiador sabe extraer algo para el conocimiento del pasado humano, considerado desde el ángulo de la pregunta que se ha planteado. Es evidente que no puede decirse dónde empieza o dónde acaba el documento: poco a poco, su

noción se va ampliando hasta llegar a abarcar textos, monumentos y observaciones de toda clase.

Así se nos apareció cuando con Marc Bloch<sup>8</sup> o con Roger Dion<sup>9</sup> estudiamos la historia de la estructura agraria de Francia (*open field*, rotación de cultivo trienal, etc.): un paisaje contemplado desde un avión o analizado en un mapa a gran escala es un documento histórico en la medida que sepamos ver algo más que los meros efectos de las leyes naturales (geología, pedología, climatología, botánica, etc.) y reconocer en él la intervención del hombre.

Es lo que ha permitido a L. Febvre afirmar:<sup>10</sup> «La historia se hace con documentos escritos, sin duda. Cuando los hay. Pero puede y debe hacerse con todo lo que la ingeniosidad del historiador le permita utilizar... Por lo tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas.<sup>11</sup> Con las formas del campo y de las malas hierbas. Con los eclipses de luna y con los arreos de los animales de tiro.<sup>12</sup> Con las peritaciones de piedras de los geólogos y los análisis de las espadas de metal hechos por los químicos».<sup>13</sup>

En una palabra: todo aquello que, en la herencia subsistente del pasado, pueda interpretarse como un indicio que nos revele cualquier cosa de la presencia, la actividad, los sentimientos, la mentalidad del hombre de otro tiempo; todo integrará nuestra documentación. Definida de esta manera, esta noción aparece como una función de dos variables independientes: tanto como del pasado (representado por los materiales de toda especie que de él han llegado hasta nosotros), depende del historiador, de su iniciativa, de su habilidad en utilizar sus instrumentos de trabajo y sus conocimientos y, ante todo, de lo que sea en sí mismo, de su inteligencia, de su abertura de espíritu, de su cultura.

<sup>8</sup> *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, 1931, 2.<sup>a</sup> ed., 1952.

<sup>9</sup> *Essai sur la formation du paysage rural français*, Tours, 1934.

<sup>10</sup> *Combats pour l'histoire*, p. 428.

<sup>11</sup> Aclararé las alusiones: se trata aquí del «Mapa de los tejados» (repartición en Francia de las tejas planas y de las tejas combadas), de J. Brunhes, en G. HANOTAUX, *Histoire de la nation française*, t. I, 1920, pp. 438-444.

<sup>12</sup> CONDE LEFEBVRE DES NOËTTES, *L'attelage, le cheval de selle à travers les âges*, 1931, 2.<sup>a</sup> ed. del libro public. en 1924 con el título: *La force animal à travers les âges*.

<sup>13</sup> E. SALIN, *Rhin et Orient*, t. II, *Le fer à l'époque mérovingienne, technique et archéologique*, 1943; *La civilisation mérovingienne, d'après les sépultures, les textes et le laboratoire*, 1949-1952.

Los historiadores franceses de mi generación, a quienes el ciclo de estudios que se nos había impuesto proporcionó la experiencia y el gusto por la geografía, se muestran muy sensibles ante la fecundidad que depara, para la investigación propiamente histórica, el estudio de las condiciones ambientales. He aquí lo que dice, por ejemplo, un renombrado epigrafista, L. Robert, autor de los *Estudios anatolios*.<sup>14</sup> «No constituye una paradoja insistir sobre el provecho que suponen, para nuestros estudios, jornadas enteras de viaje en las que no hemos hallado ni una sola inscripción que copiar: por las altas mesetas, en los pastizales, dentro de la tienda de negro pelo en la que algún *yuruk* hospitalario nos ofrece yogurt y crema —a través de los inmensos bosques de pinos, solitarios y silenciosos...—; junto a la fuente, al borde del sendero, aunque no descubramos ninguna dedicatoria a las ninfas, éstas están allí presentes, entre los plátanos y las adelfas, y siguen dando ánimo a los hombres y a las bestias, como lo hicieron durante tantos siglos en pro de los carios y de los griegos que se detenían en aquellos parajes y las invocaban durante su reposo...». Abrevio (toda la página merecería citarse): ¡resulta del todo evidente que hay que haber adquirido primero el sentido geográfico del paisaje antes de poder concebir la idea de buscar en él una fuente de información sobre el Asia Menor en la Antigüedad!

Se comprende por qué el novelista inglés Robert Graves pone en labios de su personaje, nuestro colega Asinio Polio, esta *boutade*: «La historia es juego de viejos», *History is an old man's game!* Cuanto más haya acumulado el historiador en su seno conocimientos variados y experiencia humana, cuanto más abierto esté a las posibilidades indefinidas de la acción, del pensamiento, del corazón del hombre (*accedet homo ad cor altum*),<sup>15</sup> mejor sabrá percibir las insospechadas posibilidades de documentarse. La fórmula pascaliana «Cuanto más talento se tiene...» acude de nuevo y con todo derecho a la pluma: la ampliación del concepto de documento progresa a la par con la profundización del concepto de la historia. La estrecha concepción del «texto tópico» convenía a una historia historizante, estrictamente «de acontecimientos». En cambio, a una historia que le plantea desde ahora al pasado preguntas cada vez más nuevas, más variadas, más ambiciosas o más sutiles, le corresponde una indagación amplifi-

<sup>14</sup> *Actes du II.<sup>e</sup> Congrès International d'épigraphie grecque et latine*, París, 1952, París 1953, pp. 11-12.

<sup>15</sup> SL 68:7 (Vg.).

cada en todos los sentidos, siguiendo las huellas de toda especie que nos haya podido dejar aquel pasado multiforme e inagotable.

El principio está hoy establecido fuera de toda discusión, si bien consideramos muy provechoso precisar desde ahora los límites del intervalo en que debe ser aplicado para ser útil. Resistamos al tan difundido gusto por la paradoja. Collingwood, por ejemplo, se permitió decir que «cualquier cosa en este mundo puede ser en potencia un documento para cualquier cuestión», *everything in the world is potential evidence for any subject whatsoever*.<sup>16</sup> Esto es cierto, a condición de que se insista en el coeficiente potencial: en rigor, no hay limitación ninguna a las posibles aproximaciones, pero, en la realidad, no es cierto que, en relación con un tema determinado, se pueda encontrar siempre «en cualquier parte» un material documental suficiente, ni, sobre todo, que en el material reunido todos los documentos sean igualmente pertinentes.

A mí se me ocurrió escribir, llevado un día por el entusiasmo, que «no se entiende el papel que desempeña la metáfora de la “iluminación” en la teoría del conocimiento de un neoplatónico como san Agustín hasta que no se ha conocido lo que puede llegar a ser el esplendor de una mañana primaveral en el luminoso cielo mediterráneo».<sup>17</sup> Lo cual no es que carezca en absoluto de verdad, pero tal vez hay que añadir que al historiador le es aún más necesario identificar con precisión las fuentes inmediatas de la doctrina de san Agustín en tal o cual pasaje de las *Enéadas* de Plotino o del prólogo del *Evangelio* de san Juan.

Lucien Febvre polemiza contra el valor restrictivo que percibe en la fórmula atribuida a Fustel de Coulanges: «La historia se hace con textos».<sup>18</sup> Tiene mucha razón cuando insiste en que hay mil otras fuentes documentales, pero acaso sea conveniente advertir a sus jóvenes lectores que si bien la historia no se hace únicamente con textos, se hace sobre todo con ellos, pues nada puede reemplazar a éstos en cuanto a precisión. He aquí, por ejemplo, el admirable retrato de Enrique VIII realizado por Holbein y existente en el Hall de la Christ Church. Desde luego, ningún texto nos podría enseñar tantas cosas, tan profundas, tan matizadas sobre la psicología, tan compleja, de aquel hombre;

<sup>16</sup>*The idea of History*, p. 280.

<sup>17</sup> «Un historien en Sardaigne», en la *Revue de Géographie de Lyon*, t. XXVI, 1951, p. 141.

<sup>18</sup> *Combats pour l'histoire*, pp. 4-5, 71, 428...

pero es necesario que sepamos, gracias a los textos, que se trata ciertamente del retrato de Enrique VIII; el mismo cuadro no sería un documento tan significativo si sólo fuese para nosotros el retrato de un desconocido...

Nos falta subrayar, en fin, que esta nueva intervención del talento del historiador, de su capacidad y de su ingeniosidad en seleccionar los documentos, impone todavía otra limitación más al conocimiento histórico: no basta con que los documentos hayan escapado de la destrucción, sino que ¡es preciso que el historiador llegue a recuperarlos! Aun cuando se haga del documento la estrecha idea que hemos criticado (la de ser «el texto pertinente»), y por más que se trate de una categoría de testimonios bien conocida, bien provista de medios de acceso (textos de autores clásicos, inscripciones latinas, cartularios medievales, piezas de archivos diplomáticos..., terrenos todos en los que abundan las ediciones, los repertorios, las guías de todas clases), el historiador nunca puede estar seguro de no haber dejado escapar alguna pieza esencial, y ello por muy metódicos, cuidadosos y profundos que hayan sido sus escrutinios. *A fortiori*, si atendemos ahora al problema de la documentación en la forma generalizada que le hemos atribuido, ¿quién podrá preciarse de haber agotado todas las fuentes de información posibles, de no haber ignorado alguna otra posible modalidad de nueva información? Hablando con lógica, hay que hacer constar que ningún estudio histórico podrá darnos la seguridad de haber agotado por completo el material documental existente.

Si pasamos ahora al terreno de la práctica, volvería a decir al aprendiz de historiador: *meta phroein*; eres tan sólo un hombre, no un dios. Aprende a medir tu tiempo, a no desperdiciar tus esfuerzos. Hay, como hemos visto, cuestiones insolubles, en el sentido de que requerirían un colosal esfuerzo de documentación para no llegar más que a un resultado incierto o sin gran interés; otras cuestiones no están maduras en la medida en que no se han llevado a cabo ciertos trabajos preliminares (recogida o edición de las fuentes, por ejemplo). Existirá la fuerte tentación (a la que muchos sucumben) de preferir las cuestiones vanas pero bien documentadas antes que los problemas profundos, realmente humanos, cuya solución exige una arriesgada heurística. La antinomia no es fácil de superar: ¡la condición que se impone al historiador, caso particular de la condición humana, no es en absoluto la relajación! Por lo demás, me complace introducir aquí la noción de rendimiento. Imaginemos una fundición metalúrgica en la que, aplicando determinado procedimiento se logre

extraer, pongamos por caso, un 80 % del metal puro contenido en un mineral, con tanto de gasto por tonelada tratada. Si para elevar el rendimiento del 80 al 85 % hiciese falta multiplicar por diez o por ciento los gastos de la extracción, ¿qué ingeniero aceptaría hacerse responsable del nuevo sistema? Lo mismo ocurre a menudo en el terreno de la heurística histórica: llega un momento en que los procedimientos de indagación ideados agotan casi sus virtudes: para aumentar el *stock* de documentos recogidos habría que prolongar indefinidamente la búsqueda, desarrollar esfuerzos inmensamente mayores, y todo para obtener un rendimiento ínfimo. La razón práctica aconseja entonces detenerse.

Prosigamos nuestro análisis del trabajo del historiador: lo encontramos ante un expediente con documentos ya reunidos; al ponerse a estudiarlos, empieza por una primera pieza, que será, por ejemplo (imaginémonos que se propone estudiar la vida romana al comienzo de nuestra era), la inscripción funeraria conocida desde hace mucho por el nombre de *Laudatio Turiae*.<sup>19</sup> Objetivamente, este documento se presenta como un conjunto de breves segmentos de una recta, acompañados de algunos semicírculos y círculos completos (menos numerosos), dispuestos de un modo irregularmente regular en bandas paralelas, todo ello grabado en hueco sobre el original de mármol, pero aquí, impreso con tinta en el papel de una copia o de una edición. Descripción paradójica: el documento no consiste en esta realidad material; es un documento en la medida en que esa reunión de trazos rectos y curvos aparece ante el entendimiento del historiador como elementos constitutivos de las líneas de una escritura, símbolo y factor de pensamiento, utilizando un alfabeto conocido (el de la capital latina), sirviendo para representar una lengua, el latín clásico, que el historiador conoce bien. En una palabra, es un documento en la medida en que el historiador puede y sabe *comprender* algo.

Acabamos de pronunciar la palabra clave: desde ese primer contacto con su objeto material, el documento, la elaboración del conocimiento histórico nos muestra en acción la operación lógica fundamental que todo nuestro análisis subsiguiente no cesará de poner en evidencia a cada sucesivo nivel del trabajo del historiador: la comprensión, *das Verstehen*.

Observada empíricamente, la comprensión histórica apare-

<sup>19</sup> C.I.L. VI, 1527, reeditada y brillantemente comentada por M. DURRY con el título de: *Eloge funèbre d'une matrone romaine*, col. «Budé», París, 1950.

ce como la interpretación de signos (voluntarios: tales como las de la inscripción) o de indicios (las cenizas de un hogar, huellas digitales) por medio de cuya inmediata realidad conseguimos captar algo del hombre de otros tiempos, su acción, su comportamiento, su pensamiento, su ser interior o, por el contrario, a veces simplemente su presencia (un hombre ha pasado por allí).

Entre estos indicios, no todos proceden necesariamente de una acción, de una intervención del hombre: la corriente de barro solidificado, la capa de cenizas y de *lapilli* que recubren Herculano o Pompeya constituyen un «documento» histórico tan válido como la famosa carta de Plinio el Joven a Tácito sobre la erupción del Vesubio en el año 79; o también, en el caso de que una vaca, atravesando inopinadamente la carretera al borde de la cual pacía, haya provocado un accidente automovilístico, el dato de las huellas de sus pezuñas será tan interesante para el atestado como la declaración de un testigo.

Es que el conocimiento del pasado humano no se limita a los meros datos propiamente humanos de ese pasado. El hombre no vive aislado, como en la campana de una máquina neumática; es inseparable del «medio ambiente» en que se halla inmerso y que es algo de gran complejidad: psíquico, químico, biológico, etcétera, tanto como humano. Su historia incorporará a su conocimiento los fenómenos naturales que, formando parte de ese medio, han representado un papel en su pasado: la peste de Atenas en la guerra del Peloponeso, la ola de frío que permitió a los alanos y a los vándalos pasar el Rin helado a la altura de Colonia el 1 de enero del 407, etcétera.

Subrayemos que, en la vida cotidiana, la experiencia del presente ofrece idéntica asociación de fenómenos naturales y de hechos propiamente humanos. Delante de mí, en la calle, un transeúnte resbala al pisar una piel de plátano, cae, se levanta gruñendo y se frota la rodilla; en la toma de conciencia que realizo acerca de este incidente, hay que distinguir dos partes: *a*) remontando de los efectos a la causa, reconstituyo el encadenamiento de los fenómenos observados sirviéndome para ello de mi conocimiento, implícito o científico, de las leyes de la biología y de la mecánica (el conjunto de las fuerzas aplicadas en tal instante al talón derecho del transeúnte ha dado una resultante horizontal); *b*) interpretando los signos expresivos que los ponen de manifiesto, comprendo los sentimientos experimentados por la víctima (dolor, indignación, etc.).

La historia no se interesa tan sólo por lo que hay de específicamente humano en el pasado del hombre: extraer la conclu-

sión, ante la presencia de unas huellas digitales, que «un hombre ha pasado por allí», no difiere de la interpretación de las huellas de un animal o, más generalmente, de la del rastro de un cuerpo móvil animado por determinado movimiento. Pero puede suceder que ese cuerpo móvil haya sido el de un asesino: el hecho puramente físico de su presencia, en tal lugar y en tal instante, será asumido en el conocimiento de carácter sintético que es la historia, a la vez que las significaciones propiamente humanas de su acto, y es evidente que es la comprensión de estos valores lo que confiere al conocimiento histórico su carácter específico.

Si se desea poder dar cuenta de un modo satisfactorio de este proceso de comprensión, hace falta renunciar a servirse de una transposición de los métodos propios de las ciencias de la naturaleza (el historiador no se sirve, hablando con propiedad, ni de la deducción ni de la inducción); hay que tomar como punto de partida el conocimiento llamado vulgar, del que nos valemos en la vida diaria. Desde el punto de vista de la teoría del conocimiento, la historia, ese encuentro de lo otro, aparece como íntimamente emparentado con la comprensión del Otro en la experiencia del presente y se introduce con ella en la categoría más general (donde ambas se unen por el conocimiento del Yo) del conocimiento del hombre por el hombre. El problema de la comprensión histórica desemboca así en una problemática más general que aquélla supone resuelta.

No quiero caer en el ridículo de improvisar en pocas líneas una solución a las difíciles cuestiones que plantean la posibilidad de salir del Yo, el encuentro con el Otro, la reciprocidad de las conciencias..., cuestiones tan seria y ansiosamente investigadas por el pensamiento moderno, desde Hegel<sup>20</sup> hasta nuestros contemporáneos.<sup>21</sup> Me basta con constatar que ningún pensamiento reflexivo puede quedar dispensado de responder a tales preguntas, aunque no sea más que para dar la respuesta perezosa y fácil del pragmatismo;<sup>22</sup> solamente el solipsismo, posición paradó-

<sup>20</sup> Cf. J. HYPPOLITE: *Genèse et structure de la Phénoménologie de l'esprit de Hegel*, París, 1946, pp. 311-316.

<sup>21</sup> Sabido es el papel que desempeñan la pluralidad de las conciencias en la filosofía de Husserl o el *Mitsein* en la de Heidegger. ¿Cómo no recordar también las bellas tesis de M. NÉDONCELLE, *La réciprocité des consciences* (1942) o de M. CHASTAING, *L'existence d'autrui* (1951)? Véase asimismo: F. J. J. BUYTENDIJK, *Phénoménologie de la rencontre* (trad. fran., 1952).

<sup>22</sup> Cf., por ejemplo, G. J. RENIER, *History, its purpose and method*, Londres, 1950, pp. 146-154.

jica, de la cual puede dudarse que haya sido asumida alguna vez seriamente, se resistirá a admitir la autenticidad del encuentro con el otro: toda teoría del conocimiento que sea consciente de sus deberes ha de integrar el hecho de la «intersubjetividad» (por fuerza, considerará el «nosotros» como dato fundamental y, por consiguiente, indemostrable), ha de dar cuenta de este hecho y establecer que, aceptado por la mentalidad común, no es ilusorio.

Reservaría, pues, a la gnoseología propiamente dicha la tarea de formular su respuesta a esta cuestión general del conocimiento de otro; no teniendo que ocuparme aquí más que de la teoría del conocimiento histórico, me bastará con dar cuenta de la comprensión de los documentos relativos al pasado. Y llegaré a hacerlo demostrando que no difiere, desde un punto de vista lógico, de la comprensión de los signos y de los indicios que nos posibilitan el conocimiento de otro en la experiencia del presente. Obsérvese la gradación de estos casos sucesivos:

—comprender las palabras que nos dirige un amigo presente;

—comprender una nota que ese mismo amigo, no habiéndonos encontrado, acaba de garabatear sobre nuestra mesa, donde ha consignado la comunicación que nos habría hecho, y en los mismos términos, si nos hubiese encontrado;

—comprender una carta que nos ha escrito, no un poco antes, sino ayer... hace un año... hace diez años...;

—(saltemos los grados intermedios)... comprender las *Confesiones* de san Agustín.

·O también:

—comprender una carta que nos comunica un amigo, a quien se la ha escrito un tercero, amigo común;

—(saltémonos también aquí los grados intermedios)... comprender una carta de san Jerónimo a san Agustín (¿no los conozco a uno y otro como buenos amigos, y mucho más profundamente, por cierto, que a algunos contemporáneos con los que me relaciono?)

Y, para concluir:

—comprender un documento cualquiera procedente de otro ser humano.

Entiendo que no se trata aquí de renovar los viejos sofismas heredados de los megáricos (el «montón de trigo», el «calvo»), como si «cada vez que una transición es insensible o una frontera

entre dos géneros no está muy clara se pudiese siempre confundir progresivamente los extremos, como, por ejemplo, el lenguaje de la hormiga y el del poeta». <sup>23</sup>

No, esta gradación tiene simplemente por fin poner en evidencia el hecho de que, lógicamente hablando, nada hay de específico en la comprensión relativa al pasado; se trata exactamente del mismo proceso que desarrolla la comprensión de otro en el presente y, en particular (ya que la mayoría de las veces, y en el mejor de los casos, el documento en cuestión es un «texto»), en la comprensión del lenguaje articulado.

Invitaré aquí a mi lector a que consulte los clásicos de la psicología del lenguaje (Janet, Delacroix, Piaget...). En ellos podrá comprobar este hecho revelador: el comportamiento, normal o patológico, que analizan estos autores es exactamente el mismo, psicológica y gnoseológicamente, que el del historiador en su confrontación con los documentos del pasado. A través de ellos se nos explica, en efecto, cómo se realiza, en el presente, la comprensión de la palabra oída; cómo se forma en la conciencia una interpretación y se va ésta precisando, controlando y corrigiendo... Ahora bien, el trabajo del historiador prosigue el mismo camino, en apariencia paradójico, y que, en una primera aproximación, podría definirse como un círculo vicioso (de hecho, la imagen geométrica adecuada es más bien, como hemos visto, la de una hélice y aun la de una hélice cónica que va expandiéndose a cada espira), paradoja puesta ya antaño de relieve por san Agustín en su *De magistro*.

Séame permitido definirla, en términos platónicos, como una dialéctica entre el Mismo y el Otro. Para que pueda yo comprender un documento, y, más en general, a otro hombre, hace falta que ese Otro posea también en gran parte los rasgos de la categoría del Mismo: es preciso que conozca de antemano el sentido de las palabras (o, más en general, de los signos) que su lenguaje emplea; lo cual requiere que conozca también las realidades mismas que esas palabras o esos signos simbolizan. Necesitamos un diccionario ilustrado para tratar de comprender el sentido de las palabras que designan ciertos objetos o instrumentos de uso especializado; de ordinario, nada hay tan difícil de hacer comprender como los términos técnicos de una «lengua especial» (una jerga de oficio) a quien ignora el oficio o la técnica en cuestión. Sólo comprendemos al otro por su semejanza con

<sup>23</sup> P. RICOEUR, criticando la tesis de M. CHASTAING en *Esprit*, febr. de 1954, p. 291.

nuestro yo, con nuestra experiencia adquirida, con nuestro propio clima o universo mental. Únicamente podemos comprender lo que, en gran parte, sea ya nuestro, fraternal; si el otro fuese completamente desemejante, extraño en un cien por cien, no se ve cómo sería posible su comprensión.

Reconocido esto, no puede existir conocimiento del otro más que si me esfuerzo en ir a su encuentro, olvidándome, por un instante, de lo que yo mismo soy, saliendo de mí mismo para abrirme al otro. Propondría (aunque tal vez sea un circunloquio pedante) pedirle prestada a la fenomenología contemporánea su noción de *epokhé* (*Ausschaltung*), no sin someterla, bien entendido, a las necesarias transposiciones (la aplicaríamos al yo, a sus preocupaciones, a lo que llamaba yo la urgencia existencial y no, como Husserl, al mundo natural): sí, el encuentro del otro supone, exige, que «nós situemos en suspensión», que nos encerramos entre paréntesis, olvidándonos por el momento de lo que somos, para abrirnos a ese otro.

Con gusto interrumpo este análisis para reemprender el esbozo de nuestro tratado de las virtudes del historiador. Deberá éste, en un grado eminente y como por vía natural, ser capaz de llevar a cabo tal *epokhé*. No se halla esto al alcance de todo el mundo. Todos hemos conocido en la vida a hombres manifiestamente incapaces de abrirse, de prestar atención a otro (gentes de esas de las que se suele decir que no atienden cuando se les habla): hombres así serían pésimos historiadores.

Ocurre esto a veces por estrechez de espíritu y es entonces claro indicio de falta de inteligencia (no lo calificaremos de egoísmo: el verdadero egocentrismo es más sutil); pero la mayoría de las veces se trata de personas que, agobiadas por el peso de sus preocupaciones, se resisten en cierto modo a admitir este «lujó» de ponerse a disposición. Ese tipo de carácter es frecuente entre los filósofos (de ahí esa incompatibilidad de humor que se ha observado a menudo entre ellos y los historiadores). El filósofo auténtico, se dirá con frecuencia, es el hombre poseído por un problema que se le impone como necesario: tenderá de buen grado a considerar como una infidelidad a su vocación la interrupción, aunque sea sólo por unos momentos, del estudio que está emprendiendo, y esto en la perspectiva de su propia dialéctica; excavando cada vez más profundamente el pozo de su mina, se muestra muy pronto incapaz de levantar la cabeza y mirar hacia otro sitio para comprender un pensamiento extraño al suyo (de ahí el aspecto de «diálogo entre sordos» que reviste fácilmente cualquier discusión sostenida por semejantes filósofos). El his-

torizador, por el contrario (¿es necesario decir que también se encuentran algunos, y eminentes, entre los filósofos mismos?), será aquel que aceptará dar asueto a su pensamiento, emprender largos circuitos, donde se despistará, pues sabe cuán gran expansión del yo proporciona ese recorrido que pasa por el descubrimiento del otro. Nos referiremos más adelante a este punto con mayor detenimiento (cap. 10).

Pero volvamos a nuestro análisis. ¿De qué manera puede llevarse a cabo ese circuito, ese desplazamiento fuera del yo? Comprender el sentido de las palabras (o de los signos) y, después, por este medio, entrar en comunicación con el pensamiento o los sentimientos que los han inspirado, representan dos períodos sucesivos del movimiento circular, o, mejor dicho, dos espiras, de nuestra hélice. En lo que me dice ese otro hay palabras y frases que a mí me son conocidas y que yo mismo podría emplear; estas expresiones evocan en mi conciencia sensaciones, impresiones o ideas que habrían podido ser las mías; entonces comprendo sin esfuerzo: ese otro es hasta tal punto semejante a mí que entre los dos hacemos uno. Otras veces, la expresión empleada me sorprende («he aquí una cosa que yo nunca habría pensado, que nunca he experimentado»), pero hay en ella bastantes elementos comunes con el contenido de mi experiencia adquirida como para que pueda construir, por analogía, una hipótesis acerca de lo que esa expresión puede haber significado o tratado de decir (tomando aquí «analogía» en el sentido estricto que tiene en el tomismo la noción de analogía de atribución). Una vez en posesión de esa hipótesis, vuelvo al otro y, situando en el contexto mi interpretación, procuro verificar su conveniencia; si en esta prueba no se manifiesta la hipótesis enteramente satisfactoria, la tomo de nuevo, la corrijo e intento otra vez verificarla; el proceso puede ser simple o complejo, automático y en consecuencia inconsciente, o, por el contrario, proseguido, retardado por la dificultad, con plena consciencia.

La experiencia cotidiana nos proporciona mil ejemplos de un proceso semejante en la vida común. ¡Cuántas veces interrumpimos a nuestro interlocutor para decirle: «No te sigo. ¿Qué quieres decir exactamente...?», o bien: «Si he entendido bien, lo que piensas es que...», para someter entonces nuestra hipótesis a su verificación! Este es, evidentemente, el caso más favorable, muy distinto, por cierto, del que corresponde al historiador. Pero las dificultades que debe éste superar se dan también en la experiencia del presente. ¡Qué diferencia entre comprender la conversación familiar de un amigo, a quien podemos interrumpir siem-

pre que queramos para provocar las explicaciones o verificaciones necesarias y escuchar a un conferenciante, a un profesor al que, por deferencia o por tradición, no se le pueda interrogar acerca de lo que ha dicho! Tampoco aquí, como se ve, el carácter de «pasado», propio del objeto histórico, no introduce ningún elemento específicamente nuevo en el mecanismo de la comprensión.

Volvamos al ejemplo escogido de la *Laudatio Turiae*. Si yo comprendo ese texto es porque está escrito en latín clásico, o, más exactamente, en la lengua escrita que empleaban los aristócratas de Roma en la época de César y de Augusto, lengua ilustrada por una abundante literatura, que se enseña en nuestras escuelas y que yo he aprendido como buen alumno. El vocabulario, el estilo del elogio fúnebre en cuestión no le son extraños al humanista, familiarizado con la obra de Cicerón y de Tito Livio; los sentimientos, las ideas que manifiesta ese individuo de la antigüedad (un viudo que elogia a su difunta esposa) no me sorprenden demasiado; está expresando reacciones de orden ampliamente humana, a menudo no muy distintas de las que manifestaría en un caso parecido cualquier contemporáneo nuestro. Hay aquí, sin duda, aspectos no tan luminosos: los sentimientos de aquel romano del siglo I no eran cabalmente los que yo, por simpatía, puedo experimentar; como cristiano, me sorprende esta indiferencia enteramente helenística respecto del problema religioso; como ciudadano de un *Welfare state*, me cuesta un poco entender qué lugar ocupaban las cuestiones de herencia y de patrimonio en la vida conyugal de aquellos grandes propietarios; por añadidura, como mi cultura personal está condicionada por el estado de la ciencia moderna, apenas logro desenvolverme en medio de los enigmas jurídicos que plantean las imprecisas alusiones de ese texto a procesos, criminales o civiles, poniendo de manifiesto los sutiles tecnicismos del derecho romano... Enfrentado a esas dificultades, trato de formular hipótesis, extrapolando mi experiencia personal y mis conocimientos teóricos: hipótesis que intentan explicar las expresiones y el contexto de nuestro documento.

Estas hipótesis serán tanto más precisas y tendrán tantas más probabilidades de ser exactas cuanto más se apoyen en el sólido terreno de la similitud existente entre ese otro y yo mismo. A medida que la parte del «Otro» vaya creciendo a expensas de la categoría del «Mismo», como sucede según provenga de un pasado más lejano o de un medio más exótico, más difícil será la comprensión y se hará más azarosa, más parcial: la lengua será

menos conocida, las realidades evocadas por esos signos pertenecerán a un orden menos familiar, resultarán menos corrientemente concebibles.

Pero así como las dificultades aumentan con rapidez en cuanto a la comprensión del pasado, el mecanismo que se emplea no es técnicamente distinto del que supone la vida cotidiana. ¿No surgen ante nosotros parecidas dificultades cuando aparece un artista original, cuando un escritor da un sentido nuevo a las palabras de la tribu? El caso típico es el del filósofo: por definición, éste ha echado una mirada nueva sobre el conocimiento, el ser, el mundo o el hombre; nos transmite de ello un mensaje difícil siempre de comunicar, precisamente en cuanto que contiene un factor novedoso, radicalmente heterogéneo en relación con la cultura común.

De ahí las inextricables dificultades del lenguaje filosófico: o intentará servirse de todos los recursos de la lengua común (algunos filósofos, como Platón y Bergson, por ejemplo, han sabido emplearla con un arte incomparable), de la retórica (figuras de palabras, de pensamiento...) para sugerir *Quel che la parola non ha detto e non dice*, lo que las palabras no han sabido decir hasta entonces y de hecho no dicen nunca, hasta el punto que jamás puede estarse seguro de haber comprendido, de no haber sido engañado por el arte mismo, por una metáfora, una imagen... O bien el filósofo se arriesgará a elaborar un lenguaje técnico, relleno de neologismos, que repele al lector por la jerga abstrusa y, lo que es más grave, substituirá lo real entrevisto por un juego de abstracción, de vanas humaredas...<sup>24</sup>

Sea cual fuere el partido que se adopte, la comprensión del «documento» filosófico es siempre difícil y, en cierto sentido, precaria: nos escandalizamos ante la incompreensión de que dieron pruebas los contemporáneos de Kant en relación con su filosofía, y hemos podido hoy asombrarnos del eco, sonoro pero singularmente deformado, que la lectura de Heidegger despertó en el pensamiento de J. P. Sartre.

Se trate de un texto contemporáneo que presente dificultades especiales o de un documento histórico que provenga de un remoto pasado, el mecanismo de comprensión es enteramente análogo. Yo remitiría otra vez a mi lector a los psicólogos del lenguaje. Pienso en particular en las experiencias de Piaget con niños de 11 a 12 años: «Si se desliza en la frase una palabra que

<sup>24</sup> Me limito a hacer aquí algunas indicaciones someras: el problema ha sido analizado muy certeramente por Y. BELAVAL, *Les philosophes et leur langage*, 1952.

desconocen, la comprenden en función del esquema total». <sup>25</sup> Así es, con toda exactitud, como procedemos tanto los filólogos clásicos como los historiadores de la Antigüedad, cuando queremos hacer avanzar nuestro conocimiento del vocabulario de las lenguas muertas.

He tratado de mostrar, por ejemplo, <sup>26</sup> que el vocablo *melographia*, que solía traducirse, según la etimología, por «dictado musical», significaba por el contrario, «poesía lírica cantada». Me apoyaba para ello en la homogeneidad del contexto de los documentos en que ese vocablo aparece (inscripciones concernientes a concursos escolares, epigrama del gramático Apolodoro: Homero, elegía, musa trágica, *melographia*)

Mecanismo éste que no siempre se libra de errores, errores que una experiencia más completa, con relaciones mejor analizadas, permite luego, en los casos favorables, corregir. Aquí también se pone de manifiesto una perfecta analogía entre la iniciación al lenguaje común y la comprensión del pasado.

«El niño comprende la mayoría de las palabras de otro modo que el adulto: al recibirlas en una sola posición de la oración, se equivoca a cada momento». <sup>27</sup> Conocí a un joven de diecinueve años, operario joyero, para quien el adjetivo «local» significaba «pornográfico»: ¡no había visto esta palabra más que en carteles de *music-ball* que anunciaban una «Revista *local* de gran espectáculo», y espectáculo, en realidad, muy falto de ropa!

Nuestros orientalistas más sesudos no proceden de otra manera cuando se esfuerzan por descifrar una lengua poco conocida, como el fenicio arcaico de los textos, escritos en alfabético cuneiforme, de Ras-Samra Ugarit: en la palabra representada por las tres consonantes T.R.KH se reconoció primero el nombre del padre de Abraham, Taré o Terah, y (atendiendo al contexto) se aventuró la hipótesis de que se trataba de un dios lunar; luego se creyó comprender mejor: sería el equivalente al acadio *tirbatu*, que significaba «dote» o algo parecido (el precio que se tenía que pagar al futuro suegro para adquirir una esposa); otras hipótesis se formularon después: «piedra preciosa», «copa para la adivinación», nombre de un animal... <sup>28</sup>

<sup>25</sup> H. DELACROIX, *Le langage et la pensée*, 1924, p. 462.

<sup>26</sup> *L'Antiquité classique*, t. XV, 1946, pp. 289-296.

<sup>27</sup> M. COHEN, «Persistance du langage enfantin», en el *Journal de Psychologie*, 1933, p. 391.

<sup>28</sup> D. DE LANGHE, *Les textes de Ras-Sbamra Ugarit et leurs rapports avec le milieu biblique de l'Ancien Testament*, 1945, t. II, pp. 504-519.

A quien manifestara su asombro ante tales relaciones y extrajera de ellas conclusiones escépticas (como si la «edad mental» del historiador fuera la de un adolescente un poco retrasado), yo le recordaría que este método de comprensión, esta dialéctica de lo Mismo con el Otro (para comprender es necesario que el primero supere netamente al segundo: si, sea cual fuere el sentido exacto de T.R.KH, las tablillas de Ras-Samra Ugarit han podido, en conjunto, descifrarse rápidamente y con toda seguridad, es porque corresponden a un lenguaje semítico occidental, incluso muy afín al hebreo, familia y lengua harto conocidas), no se aplica tan sólo al caso relativamente elemental del lenguaje de la vida corriente, sino que da cuenta también de la iniciación a toda forma de expresión, aun a las más complejas, por ejemplo, las de la expresión artística.

Así, la música: un aficionado, cuyo oído se haya formado exclusivamente con audiciones del repertorio clásico y romántico, si se le hace escuchar por vez primera a Schönberg o a Pierre Boulez, queda tan desconcertado como el arqueólogo ante una lengua desconocida: resulta para él un sin sentido absoluto.

¿Cómo llegamos a ampliar nuestro gusto, nuestra comprensión en este terreno sino es, aquí también, familiarizándonos, habituándonos, confrontando pacientemente analogías y semejanzas, adaptándonos al contexto...? Todo lo cual supone y exige tener un espíritu abierto (hay gentes de un gusto tan cerrado y con una voluntad tan afirmada a no salirse de él, que nunca comprenderán nada de las formas nuevas que pueda llegar a revestir el arte), además de una voluntad de enriquecerse, de salir de uno mismo, una estructura mental análoga a la que, en historia, se ha revelado que exige la comprensión del documento.

«Alternar la tensión con la relajación, dejar que las cosas se produzcan, que maduren, equivocarse y desengañarse, aceptar que ya no se entiende lo que se había entendido, reemprender la tarea, hacerse flexible, imitar desde fuera antes de abalanzarse con toda el alma sobre lo verdadero, tal es el arte al que me refiero...» Es un filósofo quien habla,<sup>29</sup> en su propósito de describir el proceso requerido para la comprensión de un autor difícil. No hace falta cambiar ni una sola palabra de su análisis para aplicarlo al aficionado al arte cuando se encuentra en presencia de un estilo, plástico o musical, que de buenas a primeras le desconcierta— o al historiador cuando se halla ante los testimonios del pasado.

<sup>29</sup> Y. BELAVAL, *op. cit.*, p. 154.